

EDITORIAL

REFLEXIONES EN TORNO DE LA MUERTE

"Solo una vez hemos venido a vivir" (Dicho Nahuatl).

El animal no sabe que morirá, pero el hombre sí. Por ello, lo que en el animal es despliegue espontáneo de vida e instinto de conservación, en el hombre es "deseo" de vivir.

El espectáculo de la muerte ajena nos va inculcando el saber de la muerte; ese saber que se afirma en la percepción exterior de la muerte del otro y en la imposibilidad de discernir en qué recodo de la propia existencia uno mismo se convertirá en el muerto: toda nuestra existencia se encuentra atravesada por el reconocimiento y constatación del acontecimiento de la muerte.

"La vida cesará a su hora, sabiendo que le ha llegado el fin, igual que se retira silenciosamente, cada tarde, cuando su tarea está cumplida" decía M. Maeterlinck.

En el silencio de los muertos se encuentra la verdad. Cuál verdad?. Ustedes podrán comprobar en medio de la maraña de tejidos, huesos, tendones, músculos, estructuras, vasos, etc. la angustiante realidad vivida siglos antes por el profeta Ezequiel: ¿podrán volver a tener vida estos huesos?

Hagamos un alto frente a las preocupaciones meramente intelectuales y preguntémosnos: mi actitud, ¿Cuál será?.

Se suelen presentar dos actitudes: la de quien se acerca al cuerpo humano como simple componente biológico-orgánico, un equipo de campaña puesto a mi servicio. O la de quien se encuentra más allá de ese equipo de campaña a la persona que en un momento lo portó.

Los vivos aprendemos de los muertos. Qué hay que aprender de ellos?, tienen ellos algo que enseñarnos?.

Cuando Israel se planteó el problema del cadáver, encontró el polvo al que se reducía una existencia; y, a través de ese polvillo, encontró al Hacedor de la existencia misma y la responsabilidad y grandeza de la vida misma.

Cuando Ezequiel contempló aquella visión de los huesos secos entendió que "sólo una vez había venido a vivir", pero, además, que el Señor abriría las tumbas, infundiría su Espíritu y vivirían de nuevo.

El médico no trabaja solamente con desechos humanos. Aprendió de lo que les fue necesario a muchas otras personas. Bebió en la fuente de la vida misma al contemplar la otra cara de la vida: la muerte.

Es cierto que el morir es un "trago" que ha de apurar sólo el que muere; razón tenía Unamuno cuando expresaba: "los hombres vivimos juntos, pero cada uno se muere solo y la muerte es la suprema soledad". Sin embargo, la soledad no es la estructura total del morir. La muerte humana es también la victoria de la incomunicación. El que muere sabe que muere en compañía.

Para los que quedan, la muerte del otro es más claramente aún, una victoria sobre la incomunicación. El otro, y especialmente para el médico, se me da en la palabra de su cuerpo, me habla en el diálogo de lo que me comparte, se me hace omnipresente y el diálogo con él debe romper las barreras de la corporalidad.

El otro realiza en mí la "epifanía" de la realidad, con todos sus fulgores y sus truenos, con toda su fuerza y su serenidad, con toda su poliédrica significación.

Para el cristiano la muerte no es el fin del camino; para el cristiano ella constituye sólo un momento, un paso de la vida para seguir viviendo: es el meterse en Dios como la vida en plenitud.

Cristo médico comparte su vida, la pone a mi disposición para ser consumida; él se comunica para que de la muerte, en un baluceo de eternidad, triunfe la vida.

El médico da vida cuando bebe de la fuente misma de la vida; cuando asume la máxima responsabilidad de mantener la vida en la medida de lo posible.

El médico, como Cristo médico, está llamado a encontrar en su paciente a la persona que sufre y que incesantemente le clama: ¡Si quieres, puedes curarme!

¿Si quieres puedes "salvar"!; si quieres puedes darle sentido a la vida, no simplemente como cuerpo biológico sino como posibilidad de realización personal; si quieres puedes darle sentido a la muerte como apertura a . . .

El médico es a la vez "paciente": sujeto al orden y al caos; puede causar o impedir, al mismo tiempo, la realización personal (propia o ajena). Puede constituirse en intermediario entre el hombre y Dios, manejando la existencia que pertenece al Dios de la vida y realizando en la obra de Dios la profundidad de finalidad que hace de la materia la epifanía de Dios.

Por lo tanto, se aplica lo que en forma versificada expresó Pemán del siguiente modo:

*"El que no sabe morir
mientras vive, es vano y loco
morir cada día su poco
es el modo de vivir.
Vivir es apercibir
el alma para tener
la vida muerta al placer
y muerta al mundo, de suerte
que, cuando venga la muerte,
le quede poco que hacer".*

Guillermo Zuleta Salas
Capellán Facultad de Medicina U.P.B.